

RÍO ARRIBA

Augusto Santelices



EL MATAQUITO
DESEMBOCA EN EL CIELO



GOBIERNO DE CHILE
FONDIR

Obra financiada con
aportes del Fondo de
Desarrollo de las Artes
y la Cultura, Ministerio
de Educación.

Talca 2004
Revista Literaria

Nº
7

AUTORES

Eduardo Bravo Pezoa ('69), es editor de los reportajes dominicales y del suplemento de espectáculos Sensaciones de Diario El Centro. En el 2000 publicó una investigación periodística sobre la vida del sacerdote Guido Lebrét. en el 2003 estrenó el video documental "Pablo de Rokha, el Forjador de Mitos".

Gustavo Rodríguez Salfate ('73), ha colaborado con revistas y suplementos como "Mala Sangre" y "Ciudad Trueno", y participado como escritor en los operativos culturales y recitales poéticos de la Agrupación Edén. Rodríguez también fue integrante fundador de la primera banda punk talquina: "Plebeyos".

Sobre los proyectos vitales y la llamada "lumpen-literatura"

"Es mayor que la angustia de saberse extraviado –escribe Augusto Santelices- la de no saber nunca si nos hemos perdido." Mi propia vida, hasta ahora, ha sido una larga serie de malas decisiones, vergüenzas y sinvergüenzas. En este rincón del mundo, me ha marcado la condición de vivir pensando en el fracaso al menos tres cuartas partes de la semana. A veces es como si yo no existiera, o como si habitara una linda miniatura olvidada, o como si siempre diera lugar a equívocos lamentables. Ejemplo: una vez tomaron una frase mía como epígrafe para hablar de un tema que no tiene nada que ver conmigo: la decadencia agrícola. Yo estaba hablando acerca de los vergeles del espíritu, pero entendieron que hacía referencia a la crisis de las hortalizas. El estilo que he estado desarrollando acá en la Región del Maule, estilo cercano a los usos de la brujería o de las jugueterías baratas, podría llamarlo perfectamente lumpen-literatura. Eso es lo que hago: lumpen-literatura. No ha llegado aún el día feliz en que el lector se tope con esta buena nueva que voy produciendo en mis insomnios, pero presiento –y presentir es labor de todo poeta consciente de su altura- que la naciente temporada será favorable. Por lo menos, he decidido posponer mi entrada triunfal a los hospitales. Todo el verano comí mi plato favorito, todos los días y a todo momento. Tuve suficiente: ahora estoy fresco y renovado. Por eso este año será mi año. No pienso virar hacia la narrativa, no pienso escribir ni una sola estúpida novela. Marzo me encuentra en la cima de mis facultades, pleno de ideas y de creatividad. ¿Cómo llamar de una vez por todas la atención de los dioses? A los dioses se los impresiona con un crimen, con un gran temor, con un exceso deliberado. Yo los voy a impresionar disparando a los fantasmas con el control remoto de mi televisor.

Cándido Barahona
Inédito poeta de la zona

Río Arriba
Revistas Literarias
Talca 2004
N° 7

Textos

Eduardo Bravo Pezoa

Imágenes

Gustavo Rodríguez Salfate

Dirección de Arte, Portadas & Diseño
Héctor Labarca Rocco

Edición General

Mario Verdugo Arellano

Proyecto financiado con recursos de
Fondart Regional 2003

© 2003 Todos los derechos reservados
Se prohíbe la reproducción total o parcial
de esta revista en Chile y en el exterior
sin permiso previo por escrito de sus autores

verdugo000@yahoo.com
hlabarcarocco@yahoo.com
edicionesrioarriba@yahoo.es

Santelices, poeta y juez

Por Mario Verdugo

Antiguo inasible y tornadizo, de escasa fama aunque de obra consistente. Antiguo que nació en Vichuquén, el 14 de septiembre de 1907, y que fue a morir en Licantén, el 1 de mayo de 1980. Como para evocarlo con distintas caras a este antiguo: con cara de padre desconsolado, por ejemplo, o cara de regidor tenaz, o de escritor tormentoso, pesimista y nocturno. Imaginemos, una por una, las caras de don Augusto ante su vida:

IMPOSIBLE

Santelices escribió buenos poemas. Varios de ellos se encuentran en su libro "El Agua en Sombra", impreso en 1929, en los Talleres Gráficos de la Escuela de Sordomudos de Santiago. Algo hay aquí de esa molesta frase que define la vida como aquello que nos ocurre mientras nos ocupamos de otra cosa. Algo hay también de esa valoración del camino en vez del destino, de la espera en vez del final... "No es que yo quiera el viaje por el viaje: / es que busco el amor que no ha venido. / Requiere un corazón cada paisaje / mientras el gran amor esté dormido. / Déjame amarte así, desconocida. / No te quiero perder, por conocerte. / Para qué le pedimos a la vida / lo que algún día nos dará la muerte." Entre el comienzo y el adiós, suele haber sólo desencuentros. A Santelices no le provoca la idea de realizar los sueños ni concretar los deseos. Lo suyo es el suspenso, el deseo mismo, por oposición a un placer a menudo jabonoso. "Esta es mi cifra: amar mientras se busca, / este es mi lema: amar mientras se espera. / Después, la despedida, ni angustiada, ni brusca: / siempre en el desamor queda el alma ligera." La cara de nuestro poeta ante lo imposible, es decir ante la imposibilidad de perpetuar los afectos, se parece bastante a la cara de la resignación.

TÉTRICO

Don Augusto escribió que estaba en el puente de mando dirigiendo el naufragio de sí mismo. Cosas de lo más normales le sugerían visiones de terror a su yo poético. Las cajas de zapatos se le antojaban urnas infantiles, el agua reflejaba calaveras, y no podía dejar de pensar que dentro de cien años todos los transeúntes de su época estarían bajo tierra. Su voluntad se desmoronaba "como la arena de las dunas", y una especie de cansancio vital lo dominaba, a la manera de unos "acróbatas fatigados abandonándose al espacio".

"He aquí mi pieza —decía— donde me compadezco también horrendamente, mientras cuelgo en la percha mi alma lamentable, y arrugo mi actitud como un papel inútil".

SUFRIENTE

Hay un acontecimiento que marcó la cara del poeta: la muerte de un hijo. Después de ello, produjo el que para algunos es su poemario más logrado: "Un Hijo es como un Río", que data de 1970. Son versos que rompen el cándido tono del libro, versos de enorme tristeza, de una tristeza que no se halla, comparando al pasar, en la "Escritura de Raimundo Contreras" que de Rokha le tributó a su retoño difunto. "¿Qué bestia torva —se pregunta el de Vichuquén— descoloró tu sangre, tronchó tu clara espiga, quebró tu sien de cuarzo? Un hijo es una herida que no cerrará nunca"

GRACIOSO

Pero Santelices adoptaba otras caras. El profesor Matías Rafide lo recuerda como "un hombre muy campechano y afable, que prefirió los quehaceres de su tierra a los movimientos culturales santiaguinos en que participó". En efecto, este hombre campechano, durante sus tiempos de universitario, tomó parte en el movimiento "runrunista" al que también adherían escritores como Benjamín Morgado. Sus inicios literarios fueron en realidad hartos juguetones, como se puede apreciar en su ingenioso poema "A la Botella". De vez en cuando, entre el horror y la resignación, campea además la sencillez. Imagina máquinas de escribir donde los caracteres se escapan para ir a hacer travesuras, y le dedica líneas a las niñas del campo que cantan al caminar.

PROFESIONAL

Augusto Santelices cursó las humanidades en el Liceo de Talca y en el Liceo Valentín Letelier. Luego ingresó a la Universidad de Chile. Con un ensayo sobre la "Situación Económico-Social de Iberoamérica", se tituló de abogado en 1931. Antes ya había escrito otro ensayo: "El Imperialismo Yanqui y su Influencia en Chile", de 1926. Aparte de juez de letras, se dedicó a la política, siendo regidor y alcalde de Vichuquén y Licantén en varios períodos. Difícil comprender —y de seguro banal este ejercicio— cómo el rostro de Don Augusto mudaba desde el desconsuelo existencial de sus poemas a la rigurosa rutina del servicio público.

TELÚRICO

El fundo de Santelices se llamaba "Santa Amelia". "Tengo entendido —señala Rafide— que todavía ese fundo está a cargo de su viuda, Silvia". De hecho, las presencias rurales también se colaban en la escritura, así como los recuerdos de infancia, con cara de asombro: "Pastoreábamos las cabras, trapos colgados en la zarza, / tendidos en la arena, junto a las casitas de varillas, / y lanzábamos las delgadas piedras, / que iban abriendo corolas sucesivas en el agua." Es precisamente esa faceta la que une al autor de "El Agua en Sombra" con los poetas del bucolismo maulino. A González Bastías, sin ir más lejos, le dedicó una emocionada "Carta", mientras que Carlos René Correa —con el que también estaba unido por lazos de parentesco— alaba "su sentido agreste, sensorial, ajeno a escuelas o grupos."

MÚLTIPLE

Juez y poeta, Santelices saltó sus aparentes contradicciones escribiendo. Si la crítica (Silva Castro, Morgado) fue benévola con él en vida, hoy lo confina al rincón de los poetas "genuinamente provincianos". Desaparecida de las antologías nacionales, su cambiante figura resulta un misterio benigno: mil caras que nunca nos dejaron testimonio de sus dispositivos de transformación. ¿Cómo hacer de todas esas caras una misma cara? ¿Cómo unir una "Canción del Odio" con unas apacibles "Anotaciones a la Orilla del Campo"? ¿Pregunta Inútil?... Tal es el título de este poema: "Tener un alma nueva para cada momento. / Ser de todas maneras y no ser uno mismo. / Cuentas blancas y negras en el collar del tiempo / los días y las noches van cayendo al abismo." RA

"Ser de todas maneras y no ser uno mismo, tener un alma nueva para cada momento". Repartir el tiempo entre la agricultura, la poesía y las leyes. Escribir con humor y escribir con rabia. Así lo hizo Augusto Santelices, ese singular personaje al que le gustaba ser llamado "vate del Mataquito".



El Mataquito desemboca en el cielo

Por Eduardo Bravo Pezoa

Entre "sentencias judiciales e hileras de maíz", el juez rural Augusto Santelices se aparece como un huracán jugueteón dictaminando el encierro y organizando una sinfonía verde con choclos que miran al vecino a varias hectáreas de distancia. También es una especie de señor feudal recibiendo a los huasos para que diriman allí, en el patio de la casa del juez, un domingo o sábado, sus disputas de territorio.

Muchas veces no fue necesario ir al Juzgado de Letras de Licantén para abuenarse, para devolverse las gallinas que se pasaron al patio del vecino, o los caballos que cruzaron la otra orilla del estero peligrosamente lejos de su patrón.

Augusto Santelices evitó el papeleo innecesario instaurando el día martes como un consultorio sentimental, para "las leseras de la gente", y la sombra de su fundo al sur del Mataquito, para aquietar las aguas turbulentas de una pelea de campo.

"Lo que usted diga juez lo hacemos", decían los huasos cuando Santelices luego de escuchar pacientemente emitía su veredicto.

Sí, era como un señor feudal flaco y alto Augusto Santelices, cosa que su hijo Francisco corrobora hoy, aunque sólo en el aspecto positivo. "Era un patrón de campo bastante sui generis: lo menos apatronado que hay, jamás le levantó la voz a las personas que trabajaban con él. Mi papá por el hecho de ser juez se ponía en el pellejo del otro y entonces lo normal en él era escuchar y terminar dando su opinión. Muy pocas veces lo vi perder los estribos..."

"Pero algo de señor feudal tenía porque mucha gente llegaba a la casa para solucionar algún conflicto sin ir al juzgado. Llegaban y le decían 'mire don Augusto, tenemos este problema', y una expresión que usan los huasos me quedó grabada: 'queremos que nos corte', y no era que los cortara físicamente, sino que le diera un corte a la situación".



©Gustavo Rodríguez

"Como otros poemas de la zona del Maule y tal como se vislumbra en su poema-carta a Jorge González Bastías, Augusto Santelices mantiene la tradición ruralista y popular que se enhebra en la poesía chilena desde fines del siglo XIX y prácticamente recorre todo el siglo XX. Su obra no se enmarca en las vanguardias, pese a su incorporación al movimiento runrunista, aunque igual puede apreciarse una modernización en las imágenes que se equilibran con un verso rítmico de gran musicalidad y limpieza estética".

Nain Nómez

"El amor por la tierra se traducía en Santelices por el conocimiento del nombre de cada árbol, de cada planta. Recorrer al lado del poeta 'Santa Amelia', los predios aledaños, los fértiles campos de Lora, las riberas del lago Vichuquén, las costas de Llico e Iloca por donde volara Alsino, era descubrir un universo mucho más allá de lo que logran verlo los ojos, en su historia y en sus profundas significaciones".

Emma Jauch

» Francisco Santelices es el mayor de los hombres. Siguió a su hermano que murió trágicamente y que inspiró el libro "Un hijo es como un río".

"Yo tengo un año de diferencia con mi hermano que murió muy niño. Eso fue algo espantoso, cuando tenía un año se le declaró un cáncer en el cerebro, y fue un año de agonía que para mis padres se convirtió en una prueba tremenda que los obligó a trasladarse a Talca y después a Santiago dejando todo botado, visitando a médicos, clínicas, haciendo todo lo que se podía hacer en esos años... fue una experiencia traumática y en el libro se nota todo lo que este caballero sufrió".

¿Cómo era su padre?, le pregunto por teléfono. "Era una persona multifacética; era juez, era poeta, era agricultor", contesta Francisco. "Puede ser una definición medio siuticona de mi padre, pero siento que era como don Quijote y Sancho Panza en el mismo personaje. Por un lado una persona muy sensible que vibraba mucho con el campo y con la naturaleza y se entusiasmaba mucho con cualquier cosa nueva, se volaba con la pintura, la literatura, era muy amigo de sus amigos, pero al mismo tiempo era muy apegado a la tierra como buen agricultor costino. Muy volado en algunas cosas y en otras era tremendamente apegado a la tierra, a lo material... siento que mi padre era una contradicción viviente".

¿Era muy severo porque tenía que dictaminar la prisión o la libertad de alguien...?, le insisto a Francisco. "Severo no es el adjetivo más apropiado, mi padre más bien se las jugaba con aplicar la justicia. Una de sus observaciones es que no necesariamente la justicia era lo que la ley decía. Y le doy una frase que me dejó marcada: 'cuando alguna persona te alegue que lo que está haciendo es legalmente correcto, ten por seguro de que eso es injusto', me decía".

Era cierto entonces que le cargaba la burocracia y encontraba que era una pérdida de tiempo estar llenando papeles unos sobre otros, recuerda su hijo con orgullo. "Porque en un juzgado de letras de un pueblo chico podía pasar de todo, desde un asesinato espantoso hasta el simple atropello de una gallina. Entonces aplicó una especie de consultorio sentimental en el juzgado. Mi papá adoptó ese nombre de una sección del diario Clarín y todos los días martes citaba a aquellos comparendos que según él eran puras leseras, es decir, la vecina que se enojó con el vecino y esas cosas. Los juntaba provocando una especie de catarsis y él después le daba un par de consejos y juicio cerrado...".

MI AMIGO AUGUSTO

No le van a desarmar las estrellas del

cielo al juez. "El estío invade el campo con sus cien espadas cortas". Es su amigo, el historiador curicano Oscar Ramírez el que habla cuando el juez aún no ha muerto, asunto funesto que sucederá el 1 de mayo de 1980... "Augusto, mi amigo Augusto, tiene sus reales asentados en su fundo Santa Amelia, en la ribera sur del río Mataquito. Viajero infatigable que cruzaba todos los días el Mataquito, de Licantén a Docamávida, de Docamávida a Licantén". Yo mismo, el que escribe esta reseña de Augusto Santelices, entré varias veces al liceo que lleva su nombre, yo mismo estoy ligado a esta tierra por cordones de zapato invisibles, allí grabé el documental de Pablo de Rokha, pero el liceo tiene el nombre del juez rural no del amigo piedra.

Aunque don Augusto ya no es juez porque en febrero, poco antes de morir, dejó el cargo "al día y calificado en lista 1". Supongo que lo ha hecho muy bien y que ahora podrá escribir dirigiendo su propio funeral de campo allá sentado a la sombra de algún bosque donde se adivine el mar cercano. "Allí en la soñolienta Licantén, y por una barbaridad de años", el viejo hizo de todo: "Juez del Crimen, del Trabajo, de Menores, Notario, consultor sentimental, sembrando trigo, lentejas y otras menudencias del agro."

Pudo haber sido médico rural, al estilo Pedro Prado; aseguran que hasta se matriculó en la carrera de Medicina, pero no quiso defraudar a su padre don Primitivo Santelices, ni a su madre, doña Leocadia Valenzuela, "ambos -dice Oscar Ramírez- deseaban tener un hijo abogado con el loable fin de poder pleitear con sus vecinos". Y se fue a Santiago don Augusto a estudiar leyes y también a jugar, integrando la generación del '30 desde donde "revolvió el gallinero universitario con la revista Mástil, el cartel Runrunista y otras yerbas". Escribe en las calles ruidosas, acordándose de ellas en el polvo que se acumula en Licantén: "En marcha, esta ciudad me aturde los sentidos. Como un batracio enorme me enturbia toda paz. En marcha hacia los claros potreros extendidos donde los días se abren como flechas de un haz". Sigamos a su amigo que tanto sabe de él. ¿Cómo fue don Augusto en los inviernos del Mataquito violento, don Oscar? "Entre pelambre y pelambre, algún caldillo de machas apuntalado con un buen piperero, Augusto Santelices escribió los más bellos versos de nuestra región". Aquí están sus libros El Agua en Sombra (1929), Romance de luces y espadas (1936) y Un hijo es como un río (1970). Acá algunos versos sueltos del libro El Agua en Sombra, para empezar a tomarle el gusto: "Como un perro que gira para morderse el rabo/ yo me busco a mí mismo/ ajeno a todo goce." »



©Gustavo Rodríguez

"Como poeta le toco ser de la época de la devoción a Nuestra Señora la Metáfora, aquellos años de la tercera década del siglo XX en que todos seguían la estela de Borges, Miguel Ángel León, Carrera Andrade. (...) Pero luego comenzó a darse cuenta de que había que ser uno mismo. Con los años, gracias a las experiencias directas de habitador de pueblo chico y sus contactos con el campo, ha ido limpiándose de resabios postmodernistas y otros barnices y acercándose cada vez más al ideal de ser Augusto Santelices Valenzuela. De quien más le costó desprenderse fue de Neruda".

Alfonso Escudero

» ALMA NUEVA

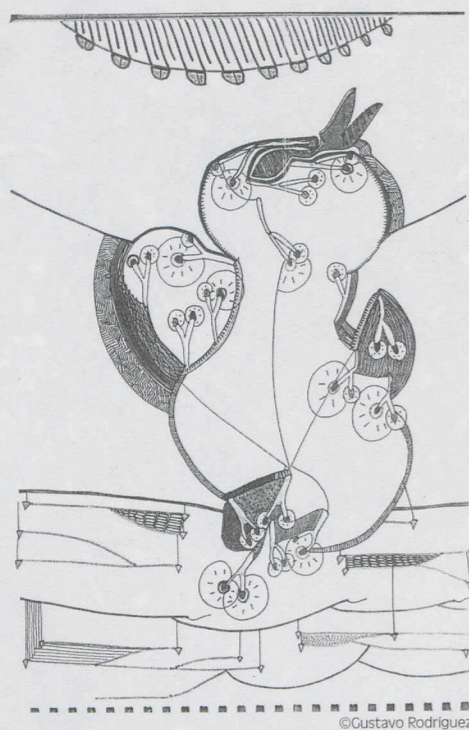
"Mirando el cielo overo como una piel de vaca quiero colgar mi vieja pereza bajo el sol". Así tiene la mirada Santelices, unida al terrón de campo aunque se haya impregnado antes y hasta los huesos en la gran capital jugando con los poetas franceses.

"Poetas de mi tiempo" (1961) dice de él Benjamín Morgado: "Augusto Santelices era un hombre quieto, con cuello exageradamente delgado, parecía que en cualquier momento iba a salirse del vestón. Hablaba poco. Se entretenía en contemplar cada cosa, cada objeto, y pasearse en silencio por la calle Recoleta".

Pero ahora juega en la cosecha que arde con el sol de la mañana y el juzgado lleno hasta el tope, imagínese usted los pleitos, o las anécdotas que contaba el tío Olayo, que don Augusto a su vez transmitía en alguna fiesta de pueblo: "Cuando Balmaceda vino a Curicó y a Vichuquén y a Llico, donde embarcó en el Blanco, ya había muchos rumores de revolución y se dijo que llegando a Llico el Blanco lo iba a apresar. En Vichuquén se organizó una columna de ciudadanos armados de escopetas y palas para defender a Balmaceda...".

Vichuquén se lleva en la sangre. Santelices nació en ese pueblo de brujos el 14 de septiembre de 1907 realizando allí sus primeros estudios para luego pasar a las humanidades en el Liceo de Talca.

Los días corren hasta que se matricula en la Universidad de Chile donde ingresa a la Escuela de Derecho en Pío Nono, dejando el Mataquito manso y grande por las aguas turbulentas del Mapocho capitalino. Se titula de abogado en 1931 con un ensayo sobre la "Situación económico-social de Ibero América". Es en la universidad donde descubre el mundo de la poesía, especialmente al formar parte de la escuela Runrunista con Benjamín Morgado, Clemente Andrade y Raúl Lara, entre tantos nombres que hoy no suenan como hit



radiales ni nada que se le parezca. Allí escribió Santelices este verso, como queriendo ocultarse del monstruo de la soledad que produce el contacto con la gran urbe santiaguina en contraste con la pasividad del campo al que volverá pronto para convertirse en poeta y juez:

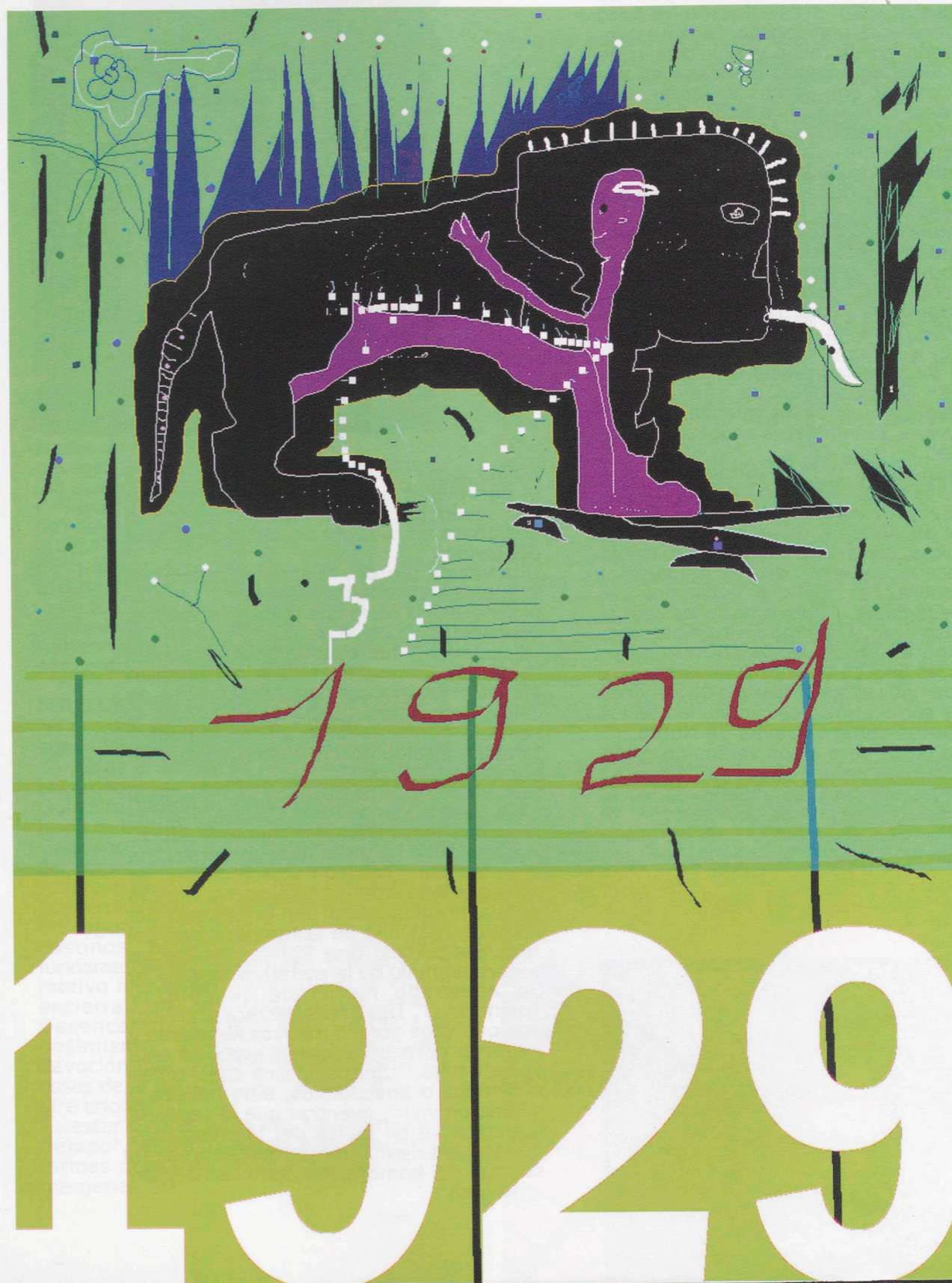
"Tener un alma nueva para cada momento. Ser de todas maneras y no ser uno mismo. Cuentas blancas y negras en el collar del tiempo / los días y las noches van cayendo al abismo".

"Yo llegué de provincia a Santiago el famoso año 20, cuando la federación de estudiantes estaba en plena efervescencia (...) Cuando Neruda vivía en Maruri a pocas cuadras de mi casa en López, en pleno barrio de La Chimba, todo aquello era nada más que locura. Todos andábamos con una estampilla pegada al canotier, aquel sombrero tieso, de ala trenzada, con la esfígie de don Arturo".

Según Emma Jauch, una de sus pocas biógrafas, Santelices tenía 12 años y se definía a sí mismo como un "mocoso de humanidades", las que había empezado a cursar en el Liceo de Talca y continuaría en el Valentín Letelier de Santiago donde encontraría la comprensión de Mariano Latorre para sus inquietudes literarias. Duda entre Medicina y Leyes, aunque finalmente ingresa a esta última carrera en 1925, y al egresar colabora en El Mercurio, en Las Últimas Noticias, en la revista Zig-Zag, pero también fuera de las fronteras de nuestro país, en las revistas Atlántida de Mendoza y Aurea de Buenos Aires, llamando la atención del crítico más famoso, Hernán Díaz Arrieta (Alone), quien lee y se impresiona con un poema suyo publicado en la revista Llamas de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile. Alone afirma en el diario La Nación de Santiago que "esas llamas habían dado dos chispas", refiriéndose a él y al poeta Julio Barrenechea.

"Posee un seguro dominio de la metáfora, dentro de un adecuado marco de sencillez y autenticidad. Su poesía presenta dos líneas: una de cautivante espontaneidad que expresa los temas y motivos familiares y del paisaje costino, especialmente el río Mataquito, elemento fundamental en su obra, tópicos que no constituyen merodeos descriptivos o anecdóticos, sino belleza y alegría de vivir... Otra línea la constituye su sentido más hondo del existir, especialmente 'Un Hijo es como un Río', que encierra un claro simbolismo".

Matías Rafide



FLACO Y PALIDO

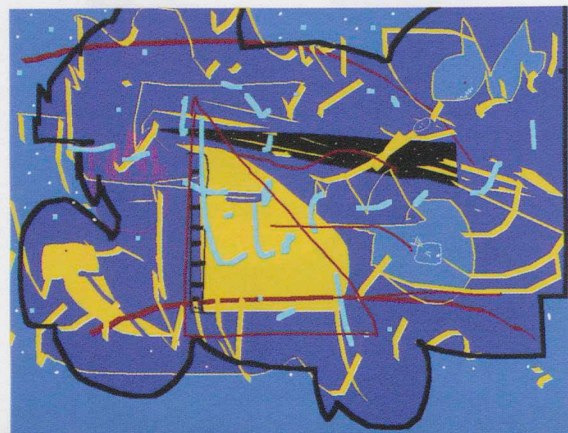
Así lo describe Oreste Plath en una intervención que el poeta hiciera en el Teatro Nacional en sus tiempos de estudiante: "Su presentación resultó impactante: más que delgado, flaco y pálido, enfundado en estrecho y enlutado traje negro, luciendo polainas blancas y en vez de los consabidos versos de amor, una parodia de "La princesa está triste, qué tendrá la princesa..." seguida de su propia y recién inaugurada "Oda a la botella", celebrada con atronadores aplausos. Incluso Neruda fue uno de los que se interesó por la famosa Oda".

Es Santelices en "Recuerdos Personales", quien narra la situación:

"Y hubo un momento en que Neruda regresaba de Rangoon, donde fue cónsul, (...) organizamos una tremenda fiesta en El Martini. Para mí lo más extraordinario fue que, a los postres, hube de recitar a pedido de la concurrencia el 'poema a la botella' cuando Neruda me abrazó encantado. Yo sentía vergüenza de decir estos versos tan vulgares ante tan selecto invitado".

Aquí van estos versos dionisiacos que motivaran el abrazo de Neruda: "¡Oh, Señora! ¡Oh, Botella! del corazón ardido de soles y de estrellas, /hada maravillosa, diosa de la alegría, / a tu influjo se trueca la noche por día/ se muda en el oro el cobre, / se vuelve el pobre rico y el rico queda pobre. / ¡Oh, licor de los astros, milagroso rocío, / lágrima de los dioses que se alargó en un río: /cuando miro entre sueños las filas de botellas/ me parece una ronda de núbiles doncellas: las de los vinos blancos como princesas rubias, las de los vinos tintos como esclavas de Nubia...!". Extraña cosa, pero estos versos no están en ninguno de los libros de Augusto Santelices. "Solo en 1985, dice Emma Jauch, Miguel Arteche en la Antología personal de la poesía chilena contemporánea, los recoge como "La botella".

©Gustavo Rodríguez

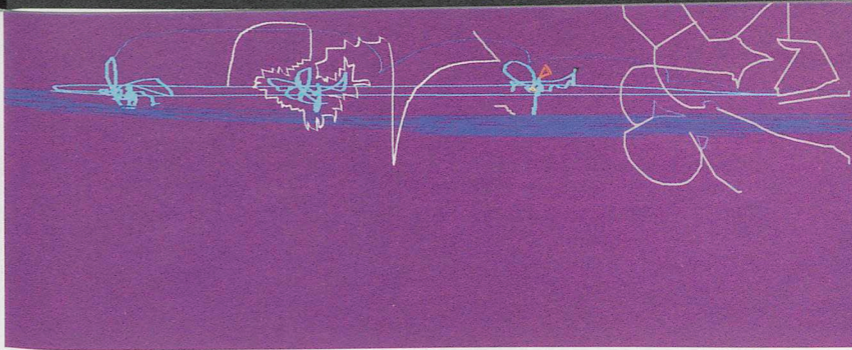


©Gustavo Rodríguez

Emma Jauch, la del grupo Ancoa, recuerda el nacimiento del poeta en el mítológico Vichuquén, pueblo que el propio Santelices designara en un artículo como "la tierra del olvido".

Una vez de regreso al campo, Vichuquén lo vuelve a amamantar, esta vez de adulto, pidiéndole a la tierra que retorne los favores concedidos. "Con la gente es querendón -dice Jauch-, fue conservador de bienes raíces, de Comercio y Minas, fue también Ministro de la Corte de Apelaciones de Talca, pero antes de eso incursionó en el servicio público siendo electo regidor y también alcalde de Vichuquén y Licantén por varios periodos".

Sus críticos más destacados han sido Raúl Silva Castro, Carlos René Correa, Manuel Francisco Mesa Seco y la mentada Jauch. Matías Rafide ha dicho que sus versos "de gran ternura y calidad humana, si bien no entregan innovaciones lingüísticas, revelan honda preocupación por el destino del hombre, más allá de la temporalidad del ser". Santelices, dice Rafide, "posee un seguro dominio de la metáfora, dentro de un adecuado marco de sencillez y autenticidad". Dos líneas destaca el crítico: una que vaga por los motivos familiares y los temas del paisaje costino, especialmente el Mataquito, "tópicos que no constituyen merodeos o anecdóticos, sino belleza y alegría de vivir", mientras que la segunda dirección va en busca del "sentido más hondo de existir... poesía que expresa la soledad del hombre, con estoicismo y sin amargura".



©Gustavo Rodríguez

En 1976 es declarado hijo ilustre de Vichuquén, pero una situación especial interfiere en la designación. Según Jauch: "ocurre que se ha establecido un camping municipal en las riberas del lago y el poeta siente que él y su familia se han visto despojados del libre acceso a la playa que queda frente a una parcela de su propiedad en Paula. En carta del 28 de febrero de ese año asume su propia defensa. 'He resuelto aceptar el inmerecido honor de declararme hijo ilustre, aunque en ninguna actividad he sobresalido en forma alguna y no he pasado de mediocre juez rural o alcalde de comunas pobres o mediano poeta, pero al mismo tiempo declinar y agradecer el honor y toda manifestación pública mientras usted o esa Ilustre Municipalidad no me liberen de esa ridícula y denigrante situación de Hijo Ilustre e Hijo Medicante de justicia y reparación del despojo del que al mismo tiempo es víctima de parte de la misma Ilustre Municipalidad (...) que ya privan a la inmensa mayoría de los ciudadanos del acceso a las riberas y a las aguas del lago...".

La poesía se mezcla con la vida. Incluso se dijo que cuando era ministro de la Corte de Apelaciones de Talca, el riguroso Santelices habría escrito más de una sentencia en verso. "El rumor no ha podido ser confirmado", dice Jauch.

MAULE VERSUS MATAQUITO

"El río, una vena dulce: latido azul, canción honda." Pelea y amistad unen a los hombres de letras entre los dos cauces de mayor envergadura de la región. Sí, Pedro Antonio González, Augusto Santelices y De Rokha hablan desde el Mataquito, Neruda y González Bastías lo hacen desde las riberas del Maule, azul y rápido.

Rafide advierte: "Sentimos su palabra a flor de piel, con la espontaneidad cantarina del agua y la belleza de los paisajes costinos. El río Mataquito, elemento fundamental en su obra, no constituye un motivo meramente anecdótico, sino que encierra un claro simbolismo poético". Desencanto, agrega, que no llega al pesimismo, "poesía que muestra una devoción insobornable por las pequeñas cosas de la tierra, con un suave y emotivo aire criollo."

"...estar solo es lo mismo que detener el tiempo", escribió Santelices, de todas formas pensando en el río como en sus márgenes.

Pero sin duda es el poema "Carta a Jorge González Bastías", donde se nota esta confrontación más allá de la simple retórica de dos señores feudales separados por orillas distintas y por aguas profundas que llegan al mismo océano de palabras y de peces.

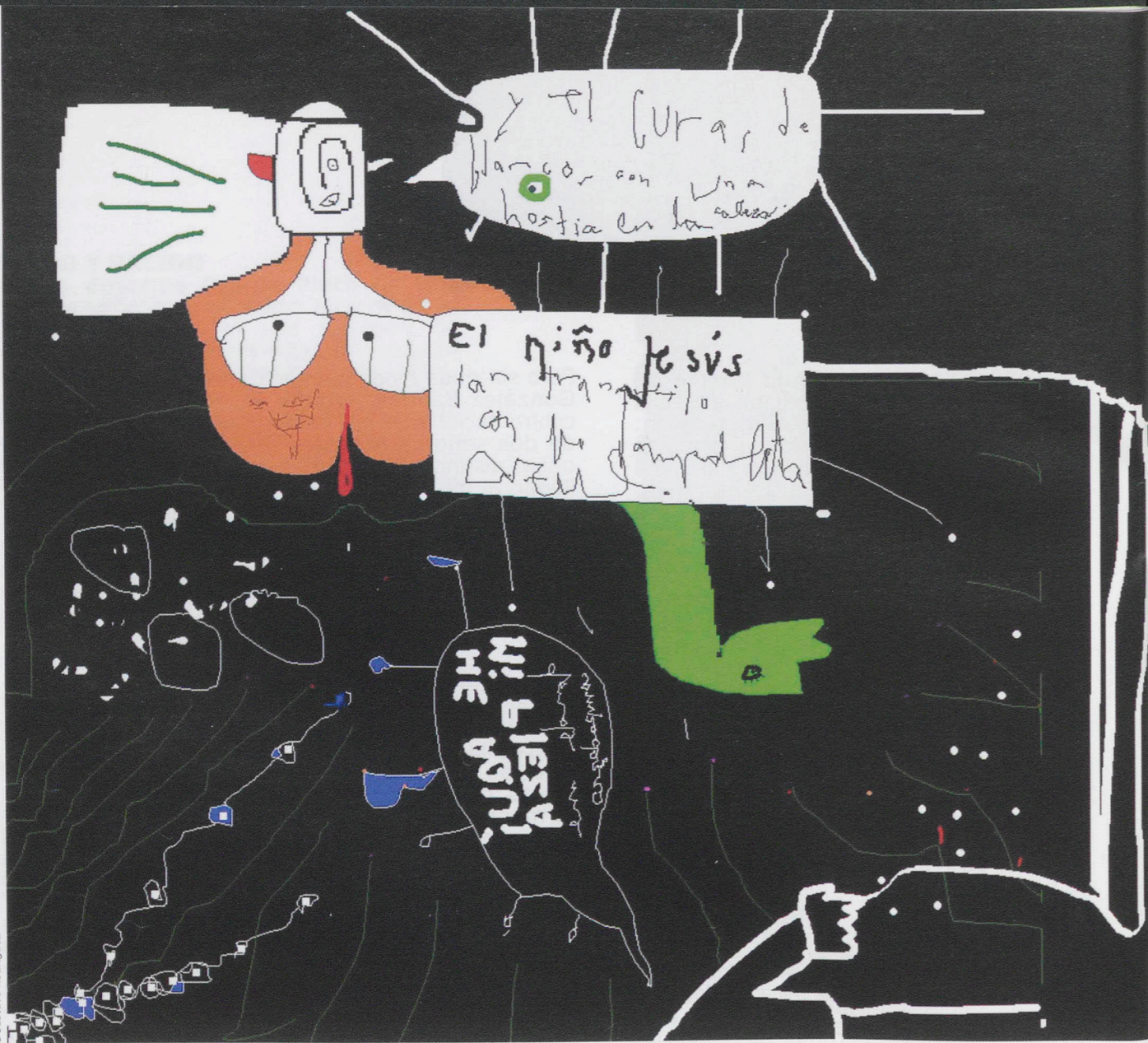
"Don Jorge (...) podríamos los dos platicar de la siembra, quien sabe de semillas entiende de esperanzas, o bien apacentar teóricas ovejas en un predio de nubes o una noche de alfalfas".

"Usted diría: Amigo, qué tiempo seco y frío; las lluvias no amamantan los trigos este invierno. Yo agregaría: El sur tiene aristas de vidrio como un hilo curado para encumbrar el cielo".

La batalla entre los dos habría resultado un duelo a muerte. Conversación entre dos aguas opuestas, una mansa, la otra tormentosa. "Dirá: quiero esta vida que arde sencillamente como una luz perdida en medio de los cerros. El silencio es un beso de las estrellas en mi frente. Estar solo es lo mismo que detener el tiempo. Y este Maule que está dando saltos celestes en la barra, mordiendo las caudalosas grupas como un ható de potros que sobre el llano verde cubren yeguas de sal encendidas de espumas. Le diré: El Mataquito corre lento y oscuro como un paso de sombras entre dunas de ensueños y cuando atisba el mar, se deslumbra de súbito y remontando al norte, desemboca en el cielo".



©Gustavo Rodríguez



©Gustavo Rodríguez

“Augusto Santelices como magistrado sembró mucho, con la buena fe de su corazón de poeta, por eso el tiempo le ha deparado una abundante cosecha, traducida en el aprecio de las gentes, en el palmoteo sincero de los amigos, en el saludo querendón y parco del costino”
Oscar Ramírez Merino

“El campesinismo de Augusto Santelices y ese su estar más allá de las modas, me lo relacionan con Francis Jammes, José Pedroni, Jorge González Bastías. (...) Pero no se ha metaforizado impunemente en los años de aprendizaje. A pesar de todos los intentos de aligeramiento, la afición a la metáfora no puede desaparecer. Que lo digan, si no, los hexasílabos de Caballo Negro y hasta determinados pasajes de sus rondas más logradas”
Alfonso Escudero

“En ‘Romance de Luces y Espadas’ ha madurado la obra del artista. Es más espontánea su poesía y más profunda su inspiración. Seguro de sí mismo, Augusto Santelices busca ahincadamente el encanto que trae al alma la visión del campo”
Juan Quiroz

» LENTAS CALAVERAS

En los talleres de la escuela de sordomudos, Santelices fabricó su libro *El Agua en Sombra*, un conjunto de poemas que le cantan al amor, a las rupturas, a los fantasmas que anidan en la soledad. “En esta escuela de enseñanza especial, humilde y soleada, fue impreso el libro, tejido por esos patios de ciegos y sordomudos con mirada inteligente queriendo decirlo todo y nada”. En ese silencio de carnaval se imprimieron los versos terribles de don Augusto: “Mi mueca es la del agua, que al puñal de la luna sonríe en numerosas y lentas calaveras”. Así, sin parar. “Ahora para el espanto de la gente sencilla, llevo mi yo sangrando prendido en el ojal”. Y por si fuera menos, entre sentencia y sentencia, el juez rural anotaba fragmentos importantes: “Iba sin comprender los modos de la gente y llevaba dos bueyes dormidos en los ojos”. Mirando por la ventana de su escritorio de juez sin dejar que el mal ánimo o el exceso repentino de alegría le despeinara el alma al tratar un pleito entre agricultores, un robo de caballos, un marido que sorprendió a su mujer en la casa de su vecino y le dio dos escopetazos. Debe haber conocido demasiado a la gente sencilla de campo don Augusto y haberse comido el odio de muchos para mandar a la cárcel al que fue injusto. “...Yo duermo apretando mi odio entre los brazos...”. “Preso en mi corazón el dolor se atormenta. Un organillo ahorra la pena de llorar. Con coronas de nubes en la tarde violenta soy el carro vacío para mi funeral”. Nada fue tan difícil como aquella vez, aun fuera de sus reflexiones metafísicas, según Hernán González, el juez que lo reemplazó en Licantén. “Estaba premunido de la cualidad de escuchar a todo el mundo a costa de su propio tiempo para reflexionar”. Santelices jubila como juez en 1975. El propio Hernán González le contó a Emma Jauch una historia de transición, el juez nuevo por el juez viejo. “Coleguita, le dijo Santelices, al fin me saqué esta montura; ahora podré concluir muchas obras que tengo en proyecto; cumplí mi jornada”.



EL RUNRUNISMO

“Yo no soy más que un hombre que un día/ debió irse/ y aún va por la vida, como por dejación”. Santelices escribió en Santiago durante los tiempos de una poesía nueva: “versos que respiran gracia al mismo tiempo que una secreta melancolía”, dice la esposa de Pedro Olmos. Su poesía tiene como telón de fondo los movimientos sociales del año 20, en los que la federación de estudiantes jugara un papel protagónico unido a la marea que viene de Europa renovando las corrientes literarias como el vanguardismo poético (1920-1936), ampliamente liberalizador, donde se mete el sueño de Freud, sueño bien o mal interpretado, pero sueño al fin “colándose en versos y prosas como una mueca de travieso demonio”. Y allí se filtra también desde una grieta del vanguardismo un ismo jugueteón al que adhiere Augusto Santelices. Con raíces en Francia, el Runrunismo tiene un manifiesto, *El Cartel Runrúnico*, fechado en abril de 1928 y firmado por

sus progenitores, al que ellos mismos califican de movimiento “inútil, pero de necesidad precisa”. Fueron considerados -escribe Andrés Sabella- “como ágiles plumeros que empezaron a barrer el polvo de almidonada seriedad consuetudinaria que tenía la mayor parte de los libros chilenos”. Hay que dejar en claro, eso sí, que el propio Santelices declaró no formar parte de los runrunistas y que a pesar del rechazo de sus iniciadores, actuó al unísono como simpatizante del movimiento. No por casualidad “El averiguador universal” del diario *El Mercurio*, cuando se refiere al Runrunismo incluye como ejemplo típico del movimiento algunos versos de Santelices: “Tengo el deseo enorme de aullar como un quiltro y decir a gritos que ella no me quería”. Como poeta Santelices se ganó un nombre en la gran capital y como abogado practicó en los bufetes de Santiago Macchiavello, Oscar Pinochet y Lisandro Santelices. Pero a decir de Emma Jauch, “la Vida era una aventura con un destino y un nombre: la provincia y Licantén”. Su padre anciano lo necesitaba y volvió a las raíces donde las hizo de abogado, luego de regidor de Licantén en 1940 a la edad de 33 años.

Un año más tarde es elegido alcalde. En 1949 es juez titular. Antes de eso su poesía se había olvidado de los ismos y de las vanguardias literarias santiaguinas para impregnarse de un campo que sin embargo es universal. Está en sus versos el gozo de cantar a un nuevo mundo, o a un mundo que recién volviera a descubrir en el jubiloso momento del reencuentro, escribe Jauch. “Mi corazón es un potrero/ lleno de mariposas blancas”. En Licantén el poeta escribirá su libro “Romance de luces y espadas”, 1936, así como la mayoría de su parca obra, inspirada en el amor a su esposa Silvia González, con quien se casa en diciembre de 1937 a los 30 años, viviendo al sur del Mataquito en el fundo Santa Amelia y dedicándole poemas como este: “Tus ojos se diluyeron / como una droga en mis venas; / me dieron sed tus cabellos / densos, como una miel lenta”. De la unión sale una buena cosecha de hijos: María de la Luz, María Consuelo, Francisco Alejandro, Benjamín y Raúl Augusto. Pero también otro hijo, que el poeta jamás olvidó, fuente inagotable de dolor, Francisco Augusto, que inspiró el libro “Un hijo es como un río”, ilustrado por Pedro Olmos, ediciones Ancoa, 1970.

“Conocí a Augusto Santelices hace años, cuando yo era joven y él casi un muchacho. Luego lo perdí de vista. Pero de cuando en cuando, René León o Carlos Galaz o Pedro Olmos, solían recordármelo a orillas del Mataquito”, escribió Alfonso Escudero, a modo de prólogo. Santelices estaba repleto de amor existencial. “Pasó el amor como un incendio. / De aquel tiempo. / de aquel bosque espolvoreado de estrellas / sólo quedan cenizas. / Cantamos sin descanso / sembramos los hijos que ahora se nos desprenden / gajos. / Sólo crece la noche. / Sólo el invierno con su desfile de fantasmas.”



©Gustavo Rodríguez

EL MAR ESTA CERCA

Algo tienen los poetas costinos, algo que se adivina como el olor a yodo que antecede a las olas. Porque los viajeros saben que el pueblo de Licantén, tantas veces borrado por la furia del Mataquito, está distante del mar, pero cerca al mismo tiempo. Que en sus calles sólo se siente la presencia del océano cercano, pero que es imposible adivinar más allá. La encrucijada de caminos sirvió de feudo en Santa Amelia, su fundo, al poeta juez. Allí escribió con la fuerza mansa de los días celestes, a veinte minutos de un mar invisible. "Era el primer buque que veía, y lo encontré como un hotel bañándose. Lo tenían amarrado en el patio del mar, pero después lo soltaron y se fue fumando como un amigo irresoluto. (Por mi garganta trepan los ascensores de la pena)".

Santelices adivina el océano y lo escribe en su libro Un hijo es como un río: "En Mataquito, lejos del mar/ tengo un molino y un palomar. /Todas las tardes sopla del mar/ un viento claro con gusto a sal./ Ya el viento viene: cantar, bailar/ con el molino y el palomar; abrid al viento de par en par/ boca y narices, que viene el mar...!/ OLOR A MAR/ RUIDO DE MAR/SABOR A MAR,/ A MAR, AMAR,/ AMAR EL MAR".

Descrito por Ema Jauch, el palomar era una pequeña construcción en el fundo Santa Amelia en medio del seco costero, "construcción de dos niveles, alcanzaba prestigios casi mágicos. Ha quedado una página del poeta que se titula 'Instrucciones a la virgen María para el manejo del palomar'. Quizás a la manera de Vicente Huidobro, sobre este palomar era posible sentir la salubridad de las olas cercanas para juntarse con el cielo, en las costas de Llico e Iloca. "Estar loco, Estar solo. Toda la casa

sola. Perseguir las hilachas de un raído recuerdo".

El 1 de mayo de 1980, a los 73 años, deja de existir el juez rural, el poeta-juez de Licantén como lo definió la artista del Ancoa en su trabajo de incorporación a

la Academia Chilena de la Lengua como miembro Correspondiente en Linares. Una semana atrás se había cumplido el séptimo aniversario de la muerte del poeta y la esposa de Pedro Olmos lee en voz alta su ponencia. "El silencio, esa muerte



©Gustavo Rodríguez

más muerte que la muerte, no ha echado raíces sobre el nombre del poeta. En la región del Maule su presencia sigue viva y permanente entre los que lo conocieron. En Licantén, escenario de sus afanes y de la última jornada, su recuerdo está presente a través de innumerables anécdotas y el cariño de quienes fueron sus amigos.

Desafiando al mar, escribe en "Romance de luces y sombras" a modo de epitafio: "Soledad. Otros tiempos. Largas arenas muertas./ Olas que en vano muerden el ala azul del viento/. (...) "Bajo este cielo negro como un pendón pirata/ con cien mil cicatrices luminosas, / yo siento como un ímpetu loco y ancestral me arrebata/ y restalla el azote de un atroz juramento/."

LA LEYENDA DE MI ABUELO

La nieta del juez poeta Santelices, Alejandra Ramm, tenía 8 años cuando su abuelo murió. Es socióloga hoy cuando la entrevisto para inquirir algunos detalles de la personalidad de su abuelo, o la leyenda que ella se ha formado con los años. Cuéntame la leyenda de tu abuelo, le digo. "Era entre un Quijote y una muy buena persona, al parecer, eso lo sé porque cuando uno va a Licantén, y la gente por alguna razón sabe que eres Santelices, te preguntan por tu abuelo. El era muy metido con la gente". Se daba el tiempo para escuchar a todos, le digo. "A todos, claro, además que como era juez, era famoso y las señoras iban y le contaban todo, desde sus dramas matrimoniales hasta lo que uno esperaría propio de un juez: que le hubiesen robado unas vacas o no sé qué cosa. Lo otro es que era muy buen conversador. De eso me acuerdo de chica porque en la sobremesa del campo se

conversaba mucho y lo peor que te podía pasar era que te mandaran a acostar, y eso era terrible y me pasaba siempre cuando chica, y te perdías las historias que eran muy buenas y muy divertidas".

Le gustaba la naturaleza exótica, era un gran coleccionista, no sólo de poemas. "En el campo coleccionaba cosas raras, animales exóticos, todos los caballos que hay en el campo son overos y siempre andaba tras las gallinas con las plumas paradas o de cogote pelado. En la galería tenía una

colección de los porotos más raros que había en la vida y nosotros cuando niños nos dedicábamos a hacer guerra con los porotos. Le encantaban las plantas raras, también. En Santa Amelia todo estaba lleno de plantas extrañas."

¿Te subiste a la palomera? Esa que aparece en los poemas de tu abuelo. "Claro que sí, todavía existe, todo existe en Santa Amelia, y están buenos los caminos para llegar..."



©Gustavo Rodríguez

Campesino

(Poema inédito)

Al extremo del mundo,
debajo de la noche /
pastoreando las pardas
colinas, / junto a un
pequeño fuego, vivo yo.
/ Al fondo del océano de
hojas o de algas, / donde
la luz no hiere, en una
sombra verde, / espero
yo. / Al fondo de los
siglos, fuera del tiempo,
inmemorial, inerte, /
hacia la raíz, hacia la
leña, / hacia la piedra
voy. / Bajo un poncho
de sesenta años, de 720
meses, / de 21.600 días,
escuchando el silencio,
procurando el olvido, /
anticipando la muerte, /
estoy. RA

BREVE ANTOLOGÍA

EL MATAQUITO CAE SOBRE EL CIELO (fragmentos)

I. ANDANTE

Viene en la noche el rumor ancho, innumerable
-colmena henchida en cólera-,
largo, difuso rumor de bosque en tránsito,
adornado de pequeños estallidos, ruidos,
crujidos de hojas secas, de nueces,
de árboles rotos o de cáscaras
que decoran la voz de violoncello
con sus leves pisadas de madera.

Viene la crece, avanza, invade la niña,
los rastros, la era, el trigo nuevo,
rebasa la isla, las madrigueras y los nidos,
empuja la fuga de los conejos, los quiques y las ratas,
población de verano desquiciada,
circo silvestre cabalgando en las olas.

Viene la crece, cunde la crece, abarca el valle,
-sus lenguas crespas lamen las altas tierras secas-,
arrasa leñas, reses cercados, cañas, brizas,
derriba, rasga, quiebra, levanta muros de agua,
sus potros bayos saltan coronados de espuma;
desfilan los trofeos, los estandartes, los harapos,
las cabras, las gallinas, los marranos, los perros,
arados, puentes, botes, horcones y soleras,
vacas mugientes, cadáveres inflados,
techos completos con el gallo al tope,
un náufrago a la deriva en su catre de palo.

Y ahora la invasión culmina y se embandera,
los árboles agitan sus penachos violentos,
las nubes descargan sus flechas de piedra.
El valle cae, entonces, derribado,
se extiende como una piel ansiosa y tensa
bajo el vientre ceniza, de pescado, de cielo,
queda aplastado bajo la cúpula lluviosa
con la vergüenza oculta bajo el lodo y las lágrimas.

III. ALEGRO

Y hay también la primavera en el río,
su angélica sonrisa, su delantal de colegiala,
el aviso verde de sus musgos, la yerba del pato,
los junquillos, las totoras, los batros, los carrizos
acribillando la panza de la tarde,
la yerba y el poleo empalagosos
con sus olores de hacendosa prosapia,
los escarceos de las pollollas y los patos,
sus fintas amorosas
que pueblan la vega de huevos azules y pecosos.

Y es entonces cuando busco tus vados,
te hurgo como un amante minucioso, te poseo desnudo,
me acercas a la muerte en un éxtasis claro
y luego me arrojas, cansado y feliz, hasta tu orilla.



PEDRO OLMOS

APUNTES PARA UNA POESÍA

No escribo porque sueño en altas cosas,
altas mujeres de ventanas altas,
carabelas, flamencos
o banderas de paz sobre la tierra.
Y cada vez más subtes y más túneles
ahondando la noche, prolongando el frío
y favelas y callampas y alambradas,
huertos de cruces, jardines de cenizas.

¿A quién podría yo vender mis lámparas,
mis palabras azules o mis palabras verdes?
Han manchado la luna.
Mañana emporcarán el camino de leche.

¿Qué oficio queda al niño al poeta,
al árbol o a los pájaros?
Ningún camino sabe a donde lleva.
Las luces brillan más, pero estamos más ciegos.

En medio de la náusea, de fábricas, de ruidos,
de sobacos, de football, de jadeos,
¿a dónde voy, a qué desierto sin estrellas,
hacia qué noche muerta?

En vano busco todo el día, todo el día
un resquicio, una pipa, que de nada me sirven.
¿Quién dijo que Dios estaba en todas partes?
Por favor, denme su domicilio o su teléfono.

EN MI CUARTO, A OSCURAS

En estas horas turbias pienso que las estrellas
son las huellas lejanas de su viaje disperso.
Pienso cosas absurdas y me avergüenzo de ellas
y mi dolor oscuro se retuerce en un verso.

La luz entra en el cuarto como a través de un filtro,
y como hace mil años afuera canta el día.
Tengo un deseo enorme de aullar como un quiltro
y de decir a gritos que ella no me quería.

Pero después comprendo que es un detalle leve:
para amarla, ¿qué importa que no me haya querido?
Pasa el tiempo tan luego y es la vida tan breve
que el recuerdo es, a veces, lo mismo que el olvido.

Mirando un agujero por donde pasa el viento,
tendido, dejo afuera que el sol de hastío, irradie.
en estas horas turbias mana remordimiento
mi corazón inútil que nunca ha amado a nadie.



©Gustavo Rodríguez

CANCIÓN DEL ODIO (fragmentos)

Odio, odio la vida, las gentes y las cosas,
odio a mí mismo, y odio al tiempo y al color.
Cristal que en infinitas aristas de destroza
mi alma se hace pedazos como una charca al sol.

Yo me duermo apretando mi odio entre los brazos,
fuego sin llama donde quemo mi juventud.
Mi corazón mezquino, desdénoso y amargo
es una endurecida pildora de inquietud.

Se retuercen los nuevos dolores con los viejos
y sube una humareda de desesperación.
Saeta enloquecida que se va persiguiendo
sin encontrarse nunca gira mi corazón.

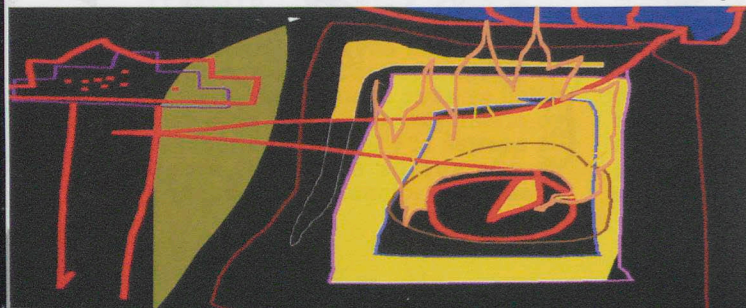
Astro de sombra, ovario de una corola oscura,
mi alma irradia la noche como una negra flor.
El charco alza en mi planta dos alas de agua turbia
y el silencio solloza cuando llega mi voz.

Preso en mi corazón el dolor se atormenta.
Un organillo ahorra la pena de llorar.
Con coronas de nubes en la tarde violenta
soy el carro vacío para mi funeral.

Diez canciones rebeldes acechan en mis manos
y en las hojas se enredan palabras sin sentido.
Es mayor que la angustia de saberse extraviado
la de no saber nunca si nos hemos perdido.

Para que no se rompa la vida en los recodos
y para que en los viajes no se enrede el dolor,
hay que estirar la huincha de los caminos todos
o una locomotora que aplanche el corazón.

©Gustavo Rodríguez



UN HIJO ES COMO UN RÍO

Eras, por fin, el hombre y eras rubio,
erguido como una canción que va a quebrarse.
Mi orgullo, en su humareda, enrojecía el cielo
y mis ojos, por los tuyos, anticipaban el alba
como el valle que, por el río, atisba el mar.

Por ti aprendí este oficio de padre
fundiéndote en la imagen del hombre que no he sido,
soñándote de piedra y de metal -avaro de sonrisas-,
pero ya te esperaban la yegua Sombra con su casco blanco,
y la manta, a franjas cálidas, como un barbecho.

UN HIJO ES COMO UN ÁRBOL PLANTADO EN NUESTRO PECHO

Me devolviste la infancia que no tuve
y de la mano me llevaste al horizonte;
corté la amarra de la heredad y navegué en tu barco de papel.
Entonces esperé la estirpe larga, la vejez desarmada,
el ocio, el tiempo lento y la muerte en el lecho.
qué de alforjas calientes y qué de ponchos albos
no urdió mi mano seca para tu breve viaje!

Pero ya no será. Ya no tendré relevo.
¿Qué torva bestia descoloró tu sangre,
tronchó tu clara espiga, quebró tu sien de cuarzo?

UN HIJO ES UNA HERIDA QUE NO CERRARÁ NUNCA.

Y me he quedado solo, como un árbol sin sombra,
mudo en la vanidad del gesto y la palabra,
medroso y comprensivo, ansioso de Dios y de regazo,
sin valor para la ira y la batalla,
con una sensación de vaga culpa, de sumisa vergüenza,
de lanza rota o de orgullo castrado.

Y sin embargo, deberé terminar la jornada,
pelear sin rey y sin bandera,
pelear como el caballo ciego en medio de la arena,
vivir por siempre con los músculos tensos,
pelear aún después de estar vencido,
morir de pie, vestido de alegría y de confianza,
como un bufón o un héroe.

UN HIJO ES COMO UN RÍO, PARA DESANGRARSE

©Héctor Labarça Rocco

MUJER, ANGUSTIA INÚTIL (fragmentos)

Muñeca, guinda fresca, girasol de colores,
no podría quererte, por más que lo quisiera.
En mis labios se hielan las mentiras de amores
porque no espero a nadie y a mí nadie me espera.

Desde hace ya mil años, tendido en mi piragua,
pienso que no soy nada bajo el cantar del viento;
es más bella la carne cuando flota en el agua;
es mejor libertarse de todo sentimiento.

Mujer, angustia inútil, no me turbes la charca,
donde croan las ranas de mi serenidad.
No tricen el espejo los remos de tu barca.
Deja en paz mi lejano paisaje en soledad.

Yo no espero nada. Como un astro en eclipse
en ojeras de sombra se ha disuelto mi yo.
Ya no soy más que un hombre que un día debió irse,
y aún va por la vida como por dejación.

MUELLE DE LLICO

Viejo muelle inútil, brazo inválido,
puente inconcluso huyendo hacia la nada;
trozo de los collares que ceñían
la soberbia cadera del mar;

caballo detenido de súbito,
cayendo de bruces al borde de su espanto;

regreso imprevisto
del que olvidó su cartera de recuerdos en la orilla;

siempre hay brazos de súplica alargándose,
como algas, de tus barandas defraudadas.

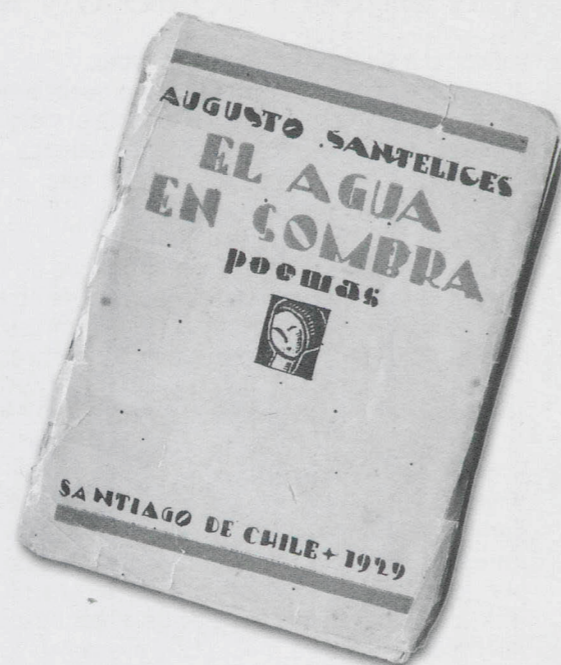
Alameda suspendida en el cielo
como una arboleda de un espejo;

o regimiento de soldados inflexibles
sacrificándose en una catarata absurda;

río de hierro desapareciendo en el desierto de aguas,
túnel de silencio en la asamblea de voces;

reptil en fuga, con la cola partida por un tajo de luz,
viaje trunco, idea decapitada, camino sin salida,

siempre hay trenes enloquecidos huyendo tus
extremos,
y suicidándose por tus balcones de impotencia.



COPA DEL ESTRIBO

¿De viaje? Amigo, queda aún tanta noche.
Estoy solo, es verdad, y el fuego está apagado,
Pero ahí está mi cántaro.
Cayeron las hojas y no vuelven. La vida
es sólo un nudo: no avanzas. Te das vueltas
¿Qué prisa en un camino que no tiene regreso?

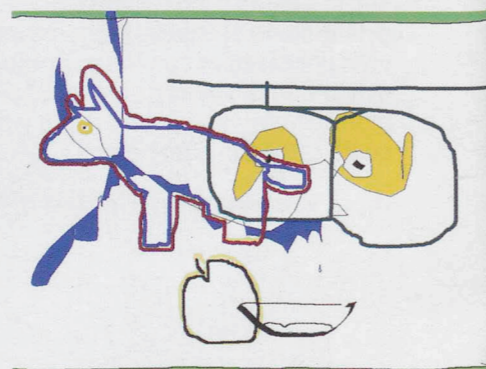
Pasó el amor como un incendio. De aquel tiempo,
de aquel bosque espolvoreado de estrellas
sólo quedan cenizas. Cantamos sin descanso,
sembramos los hijos que ahora se nos desprenden
como gajos. Sólo crece la noche,
sólo el invierno con su desfile de fantasmas.

Por eso, amigo, te siento ahora como un bastón
o un perro, un poco más delante de mi brazo o de mi ojo,
como un padre sin reproches o una amada sin celos,
un poco más que Dios, porque no juzgas,
sólo igual a la propia sombra
o a la buena compañía de la ausencia.

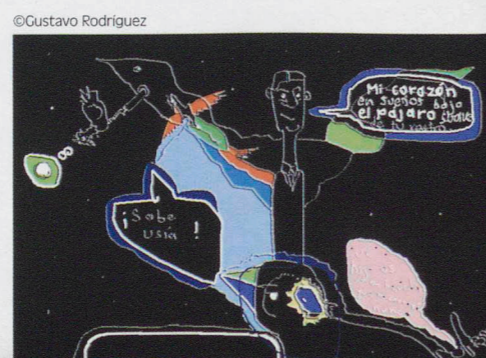
Ladera de sol para mirar el tiempo,
caleta calma para escuchar las redes,
papel secante para absorber errores,
socio en la cobardía y la vergüenza,
mampara que detiene los odiosos embates,
piedra de soledad y de silencio, amigo. ¡Amigo!

Tuve miedo, durante largo tiempo tuve miedo.
Sólo a veces logré caminar en la sombra.
Sólo a veces pude encender una pequeña lámpara.
Pero, ¿de qué sirve el sol en el ocaso,
de qué vale la luz que ampara nuestra mano
si el horizonte no tiene salida?

Hijo, joven amigo: vas hacia el alba.
Yo regreso a la noche. Pero amanece al Oeste.
¿Seremos sólo transeúntes sin objeto?
¿Estarás en lo alto de un camino que a nada conduce?
Adiós, amigo. Busca siempre al otro lado del amanecer.
Desde esta orilla, ¡Salud, con la copa del estribo!



©Gustavo Rodríguez



©Gustavo Rodríguez

Discurso de Despedida del Poder Judicial

Sr. (s) Presidentes, Sr. (d) Ministros, magistrados, colegas, amigas y amigos: Coloco mi reloj sobre la mesa, para que mi discurso no sea demasiado lato. Además, bastará el más discreto estornudo o carraspera, para que yo resuma mi intervención, les diga "Muchas gracias" y me siente. Pero me parece que Uds. queridos colegas esperan que yo haga, en cada reunión, el papel de humorista, y algún estimable periodista me ha descrito como el "campechano Augusto" -, aunque yo, a pesar de haber comprado hace muchos años aperi de huaso, no me siento humorista, ni campechano, ni huaso, ni costino. No reniego de mi origen, ni de mi tierra, pero es que en el fondo yo me siento como un pequeño filósofo frustrado, amigo de la conferencia y por ende, de la lata, para explicar lo inexplicable y su circunstancia, como diría Ortega y Gasset, o su coyuntura, como se dice ahora.

Picado por este bicho de buscar los "por qué", el de "dónde venimos", "qué somos", "a dónde vamos", no me someto fácilmente a las visitas de pésame, a las actividades de clubes o sociedades, a las conversaciones sobre el estado de la salud o de la atmósfera. En mi actividad particular y judicial esto ha producido ciertos choques o explosiones, que ya les voy a referir. La gente de letras cree que se perdió un poeta, por dedicarse a la judicatura. Los jueces piensan que han ganado un mal juez, pero no han ganado nada. Yo, consciente de mis limitaciones, me he quedado en Licantén. No he pedido nunca, ningún ascenso. O sea sería un "extranjero" en el sentido que lo entendió Albert Camus, en todas partes. Cuando viajo en tren, atravesando los ya muy conocidos paisajes, procuro leer. Un distinguido colega, ex - compañero de curso en la Escuela de Derecho, se me instaló al lado y me dijo: "Vas leyendo ah?". Sí, le dije, en estos viajes, que son como mis vacaciones, procuro leer, pero nunca falta un imbécil que me interrumpa. Y aunque no lo crean, el imbécil siguió sentado, elogiando incluso mi espíritu sarcástico. Otra vez se me sentó al lado un conocido comerciante de Licantén, y además de hacerme una consulta, me conversó duro y tupido. "Y ha entendido Ud., don Augusto, como es esta cuestión del átomo y la bomba atómica". "No, don Guillermo, le contesté; no he logrado entender nada". "Vaya, don Augusto, pero si es lo más sencillo. Mire, acabo de leer la explicación en una revista. Resulta que el átomo tiene adentro la energía enrollada, como una cuerda. ¿Y sabe lo que han hecho estos huevones de los yanquis? Han agarrado de una punta, que es el núcleo y han enrollado la cuerda al revés. Y después sueltan la cuerda y entonces viene el tremendo huascazo. Y esa es toda la piruleta".

El Edificio de Servicios Públicos de Licantén alberga muchas oficinas. Un notable vecino, muy conocido en Talca, marido de profesora por dos veces, siempre vestido de huaso, me dejó una solicitud para cargar armas, porque debido a sus negocios viajaba de noche, portando fuertes sumas de dinero, a fin de que yo le agregara un certificado de conducta y se lo pasara al Gobernador. Para abreviar el trámite, proveí yo mismo la solicitud: "Vuelva al interesado, recomendándole que se acueste temprano y que guarde la plata en la alcancía". En seguida, como estaba cerrada la Gobernación en esos momentos, fijé la solicitud y el proveído en la puerta exterior, para deleite del público.



En cuanto a mis relaciones personales con la Ley y con la Justicia, he estado vacilando, como un Carlitos Chaplín de Licantén, entre la tragedia y la bufonada. Como abogado fui una calamidad, porque siempre le hallaba la razón a mi contradictor. Como Juez, me he encontrado con que la Ley es mucho más ciega aún que la Justicia y, en consecuencia, da palos de ciego. Ya los romanos advirtieron el dilema: "Dura lex, sed lex"; "Summum jus, summa injuria". Y en cada corte hay un Fiscal que se olvida de la caridad cristiana, de la piedad, de la comprensión, de la tolerancia y oficia pomposamente de Torquemada y manda al fuego al delincuente y al Juez que lo trató con humanidad. El "dura lex sed lex" ha conducido a la frecuente imagen del "severo magistrado".

A mí me interesa sólo la Justicia justa, esa que nació de la "seca llanura castellana", como ya lo he dicho hasta en verso. Pero, errada o correctamente, comprendí hace mucho tiempo que para hacer justicia a mi modo, debía permanecer independiente, renunciar a hacer carrera, permanecer en mi ínsula barataria; y he aquí que con todos mis entuertos mal deshechos, con todas mis sentencias corregidas, he logrado ser profeta en mi tierra y ahora, despedido con honores inesperados por mis superiores jerárquicos y por mis compañeros jueces y abogados de la zona. Perdonen esta digresión filosófica-jurídica. Continúo con algunos breves relatos de cómo el suscrito ha administrado Justicia, inspirado por Sancho Panza, por Cantinflas, por Perogrullo y otros juriconsultos. En general, acudo a Perogrullo, cuando el caso es claro: pocos considerandos y una resolución tajante. Cuando el caso es oscuro, muchos considerandos y una resolución que no la entendería ni Cantinflas. Pero mi gran juriconsulto en Sancho Panza. Vamos al grano. Reclamó doña Consorcía de que hacía un año había entregado a medias una chanchita, a su vecina doña Colijunta y que ésta había vendido la chancha ahora de año y sus crías a otra vecina, doña Escofina. Llamadas las tres a

comparendo, doña Colijunta reconoció que había vendido la crianza de chanchos a medias, porque doña Consorcía le pagaba una miseria por su parte, porque ya no tenía que darle de comer y porque doña Escofina le había pagado mucho mejor precio. Después del adecuado intercambio de garabatos -que siempre sirve para que se desahoguen los corazones, se cansen los contendientes y se ablanden para un entendimiento- doña Conorcía y doña Colijunta convinieron en dejar sin efecto la venta a doña Escofina. Hecho el convenio, sacados los billetes, doña Escofina me descompuso la montura y casi me bota del estrado. Me dijo, muy alterada: "le ruego señor usía, yo llevo tres meses dándoles de comer afrechillo, papas y de un cuanto hay a estos chanchos. Ahora me los quitan. ¿Quién me va a responder a mí de estos detrimientos?". Me quedé confundido. ¿Dónde estaría la ley que contemplara la solución? Medité en forma concentrada. Invoqué a Papiniano, a Justiniano, a Baudry Lacantinerie, etc. Cero. No me contestaron. Me acordé de Sancho Panza y entonces la luz se hizo: "Sra. Escofina: su caso está resuelto en el Deuteronomio: quien da pan a perro ajeno, pierde el pan y pierde el perro. Ud. es vecina de doña Consorcía y doña Colijunta. Ud. sabía que eran chanchos a medias. El error de derecho constituye presunción de mala fe. Sé terminó. Secretario, levante acta. Qué pasen los reclamantes que siguen".

En otro caso, la señora de Pulmones de Gato interpuso reclamo porque su vecina, la Tronco de Litre, tenía negocio clandestino de licores y sus clientes salían a desaguar las aceitunas a través de una quincha rala, que dividía los dos sitios, con lo que sus niñitas, de seis y ocho años, veían, a través de las ramas de la quincha, un espectáculo por demás indecoroso. Como se trataba de un evidente caso de ofensa a la virtud y a la castidad, de las que yo soy obediente y practicante, nada más que debido a mi avanzada edad, pensé qué medida aplicar, invoqué el espíritu de un sabio como don Gastón Poblete, y nada, nadie acudió en mi ayuda. Pero Sancho Panza, sí. Y entonces me senté muy derecho en mi silla mecedora de Magistrado, abrí como diez tomos de la Revista de Derecho y Jurisprudencia, y previos algunos severos



carrasposos, dictaminé: "Señora: su caso es muy grave y digno de la mayor atención de la autoridad, pero por desgracia no se ha dictado ninguna ley en Chile que permita al Juez o a Carabineros ir a agarrarles la manguera a los curados para desviarla hacia otro lado. Ud. podría cambiarse de casa o demandar que haya un cercamiento adecuado, como pandereta, por ejemplo." Y ahora, gracias, muchas gracias, a todos, por haberme aguantado tanto rato; gracias a la I. Corte por haberme aguantado tantos años.

Augusto Santelices

TÍTULOS DE ESTA COLECCIÓN

Enrique Gómez-Correa
"Mitos y surrealidades de La Mandrágora"

Stella Corvalán
"Nadie sabrá mis claves escondidas"

Jorge González Bastías
"Mi estación en Infiernillo"

Pedro Antonio González
"Apoyo la cabeza en mi antebrazo"

Omar Cáceres
"Poeta Fantasma"

Lautaro Yankas
"El paisaje es el hombre"

Augusto Santelices
"El Mataquito desemboca en el cielo"

Joaquín Cifuentes
"El Proscrito"

Juan Marín
"Doctor Dinamo"

Hugo Correa
"Planeta Rebelde"

Lonko Kilapán
"Historia Secreta de la Araucanía"

AGRADECIMIENTOS:

Alejandra Ramm, Consuelo Santelices, Silvia González viuda de Santelices, Pedro Olmos, Ximena y Sofía, Carmen Gloria Herrera, Luis Labarca, Swann, Mauricio Valdés, Pedro Valenzuela, Ezequiel Paiva, Pato Espinoza, Toledo, Coyote y Labraña, Giovanni Papini, Marcel Schwob, Stefan Zweig, Marcel Proust, al Proyecto Isidora, a Mar González, a la estepa y a la tundra, a la jungla y la sabana, a los F-16, a TALCA LA BELLA y a los sobrevivientes de Puerto Crea.

Pregunta Inútil

Cada instante que pasa somos siempre los mismos?
He aquí la pregunta que atraviesa los tiempos,
como la huincha inútil de todos los caminos
o el tren que enhebra el túnel lluvioso del invierno.

Ser de todas maneras y no ser de ninguna,
alma de amiba, o linfa que no tiene riberas.
Mi mueca es la del agua, que al puñal de la luna
sonríe en numerosas y lentas calaveras.

Tener un alma nueva para cada momento.
Ser de todas maneras y no ser uno mismo.
Cuentas blancas y negras en el collar del tiempo
los días y las noches van cayendo al abismo.

¿A dónde voy, si huyo de todos los senderos?
¿Quién soy, si para todos tengo un alma distinta?
Aunque a la soledad voy a ver si me encuentro
no sé nunca si hay alguien en la estancia vacía.

